

que hagan lo que puedan para que reciban fructuosamente la absolución sacramental.

5.º Por falta de tiempo (no por afluencia de personas), pueden ser absueltos sin declarar particularmente todas sus culpas graves, los *soldados* que á continuación han de entrar en batalla; los *náufragos* en el momento de estar para perecer; las víctimas de un accidente repentino, que de ordinario causa la muerte; y así de otros casos análogos, que los sacerdotes saben muy bien.

15. ¡Oh cuán bondadoso es el Señor para con los pecadores necesitados y arrepentidos! Dase por muy satisfecho con que, según las circunstancias, hagan lo que puedan, y se pongan en sus manos divinas con entera confianza.

En la vida ordinaria, los que voluntariamente se acercan al santo tribunal llevan intención de confesarse bien; mas no siempre lo realizan, porque la ignorancia es mucha, la diligencia poca, el demonio astuto y el penitente lerdo; la vergüenza grande, la resolución pequeña, y no pocas veces el temor y otras causas hacen que la pobre alma falte en lo esencial y no quede justificada. Mas todo esto, como asunto práctico y de consecuencias funestísimas, conviene declararlo mejor, y lo haremos, con la ayuda de Dios en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO XIX

De los obstáculos que se oponen á la integridad.

1. Símbolos de la buena confesión.—2 La confesión de Judas.

LA palabra *Judas* —dijo San Pascasio— se interpreta *Confesión*, y la confesión tiene cinco cualidades, como cinco son las letras de la palabra *Judas* (1). El pérfido Apóstol de este nombre confesó su crimen, pero mal, y hoy, por desgracia, hay cristianos que le imitan y como él se condenan. ¿Cuál es la causa? ¿En qué faltan? Unos en el *examen*, otros en el *dolor*, muchos en el *propósito*, algunos en la *penitencia*, no teniendo intención de cumplirla, pero los más en la *acusación*, ó sea en la falta de *integridad*.

En la confesión sacramental se ha de mover nuestra lengua como la pluma del escribiente (Psalm. XLIV), *pensando* antes lo que se ha de confesar, como se piensa lo que se ha de escribir. Si falta el *dolor*, se asemeja á un arma de fuego cargada con solo pólvora; suena mucho y no hace nada. Si el *propósito* no es eficaz, equivale á los soldados de cartón, que apuntan y no dan. Si la *acusación* no es completa en lo esencial, parece á un reloj que le falta una rueda y no puede señalar la hora; la confesión quedaría, como la de Judas, sacrilega por *falta de integridad*.

2. Judas realmente confesó su pecado, diciendo: *He pecado*. Determinó *la especie y la gravedad*, añadiendo: *Entregando la sangre del Justo*. *Dolor* no le faltó, pues expresa el sagrado texto que confesó su crimen movido de *arrepentimiento*. Restitución de lo mal habido, también la hizo, devolviendo las treinta monedas de plata (2). ¿Qué faltó á su confesión para ser buena? Entre otras

(1) *Judas interpretatur confessio*. (S. Pascasio, XII, in *Matth.*)

(2) *Peccavi tradens sanguinem justum poenitentia ductus*. (*Matth.*, XXVII.)

cosas, la *integridad*, porque no declaró la codicia, la simonía y la avaricia que acompañaron á la traición (1).

He aquí lo que de continuo acontece á varios cristianos en sus confesiones: se forjan la ilusión de que se confiesan bien y les falta la *integridad*. Por eso, y por ser mal gravísimo semejante al de Ananías y Safira, en el cual no se miente á los hombres ni al sacerdote, sino á Dios, juzgamos necesario apuntar, aunque sea brevemente.

Los impedimentos de la integridad en la confesión.

§ único.

CAUSAS DE LA FALTA DE INTEGRIDAD EN LA CONFESIÓN

3. Cuatro causas de la falta de integridad. — **4.** La vergüenza. — **5.** El demonio haciendo una restitución. — **6.** Astucia de Satanás. — **7.** Ejemplo. — **8.** El temor. — **9.** ¿Qué pensará el confesor? — **10.** Ejemplo — **11.** ¿Qué dirá el confesor? — **12.** El corazón del confesor. — **13.** Ejemplo. — **14.** Temor mundano. — **15.** Temor de la penitencia. — **16.** Temor de abandonar el pecado. — **17.** Esperanza. — **18.** Desesperación. — **19.** Conclusión.

3. «Cuatro son—dice San Bernardo (Serm. 3 de San Andrés, Apóstol)—las cosas que influyen en los hombres para faltar á la integridad en la confesión, á saber: *vergüenza, temor, esperanza y desesperación*. Estas cuatro cosas son como cuatro garras del demonio, con las cuales oprime la garganta del pecador para que no confiese ciertos pecados, á la manera que el lobo aprieta el cuello de la oveja para que no dé balidos y no la socorran los pastores ni los perros.»

4. LA VERGÜENZA en la acusación de las culpas es lo más funesto en los penitentes, y lo que precipita á muchas almas en el infierno. Que el hombre sienta en sí mismo rubor de sus miserias, es un efecto propio del pecado, y en este sentido es bueno; es un como remedio del mismo pecado, haciendo el Señor que el alma sienta vivamente todo lo que en las culpas hay de bajo, ruin y degradante; es, en verdad, un preservativo de nuevas caídas, forma parte del sacramento de la Penitencia, y cuando el hombre se sobrepone generosamente á la vergüenza, y confiesa todo con

(1) Non enim in sua confessione loquitur de cupiditate, simonia et avaritia. (Raulino, Serm. 144, in Quadrage.)

sencillez, se conquista una corona, porque ejercita la humildad y atrae sobre su espíritu torrentes de fuerza y de luz.

Adán y Eva, antes de pecar, dice el sagrado texto que *estaban desnudos y no se ruborizaban* (1); mas tan luego como traspasaron el precepto divino, se avergonzaron de sí mismos y de Dios, y corrieron á esconderse (*absconderunt se*); porque la vergüenza es connatural al pecado. Dios les preguntó: *Adán, ¿dónde estás?—Eva, ¿por qué has hecho esto?* Es decir, dió ocasión de que ambos confesaran su culpa, y después hizo brillar en su pecho un rayo de esperanza, prometiéndoles un Redentor (2). En lo cual se ve que el Señor vinculó al pecado la *vergüenza*, para que el hombre se retraiga de cometerle, y á la confesión añadió la *esperanza*, para que se anime á confesarle integramente.

5. El demonio presenció esto, lo sabe, lo recuerda muy bien; y ¿qué hizo? ¡Oh astucia satánica! Mudó los vestidos. Al pecado vistió de *esperanza*, diciendo al pecador: «No tengas cuidado; Dios es misericordioso, y aunque sigas pecando, no te ha de condenar.» Después á la confesión vistió de *vergüenza*, para que se callen las culpas y se condenen las almas (3). Esto es lo que hace Satanás, y esto es lo que han de tener muy en cuenta los penitentes.

San Cirilo, Obispo, vió con luz del cielo que Lucifer estaba cerca del confesonario entre los penitentes, como esperando turno para confesar. «¿Qué haces ahí?» — le preguntó; — y el espíritu maligno se vió obligado á responder: «Estoy restituyendo á estos pecadores lo que antes les quité. Cuando querían pecar y para que pecaran les quité la vergüenza, y ahora que intentan confesarse y para que no confiesen se la devuelvo. A cada cual lo suyo (4).»

6. Nótase bien cuán fina es la táctica del espíritu maligno. Hacer pecar es para él una verdadera victoria; contener al pecador para que no confiese el pecado, es el colmo de su alegría. Y hay que convenir en que lo hace con sagacidad espantable. Sobre poco más ó menos el diablo suele hablar al corazón del pecador de esta manera: «¿Qué dirá ahora tu confesor si le declaras ese pecado? Mucho vas á perder de su estimación... Puedes confesar

(1) Erat uterque nudus, et non erubescabant. (Genes., II, 25.)

(2) Ipsa (vel ipse) conteret caput tuum.

(3) Cum nosset Sathanas, quia peccatus verecundiam habet, poenitentia fiduciam; ordinem reprobis permutavit, et invertit; poenitentiae dedit verecundiam, fiduciam peccato. (S. Crisóst., Homil. 3, De poenit. et proem. in Isai.)

(4) Refiérenlo Casiano y otros, como puede verse en Marcaneio, Hortus Pastorum Candelab. mystic., tract. V, lect. 8.—El Ilmo. Barcia, Despert. crist., Serm. 56.

todas tus culpas menos esa, que te causa vergüenza, y haciendo después un acto de contrición, todo se borra; y puedes también añadir ayunos y otras penitencias.»—Falso, espíritu maligno, falso. Si se calla un solo pecado mortal á sabiendas y queriendo, no se perdona ninguno. Sin confesión íntegra, en cuanto se pueda, no hay contrición verdadera, ni se borra el pecado, aunque se añadan todas las penitencias del mundo. ¿Qué importa al cazador que el águila tenga libres las alas, la cabeza y los pies, si la tiene apresada en el lazo por una uña? ¿Qué importa al demonio que el pecador tenga el alma desahogada de todos los pecados, si le tiene prendido por uno que que deja sin confesar?

7. Refiere San Antonino de Florencia que una joven bien educada cayó en cierto pecado que no se atrevía á confesar. Su alma desde entonces comenzó á ser atormentada con crueles remordimientos, y seducida por el demonio, creyó poderlos acallar con grandes austeridades y penitencias, entrando como religiosa en un monasterio. Hizolo así, con el ánimo de revelar su crimen en la confesión general para el día de su profesión; mas llegado el caso, de tal modo disfracó su pecado, que el confesor no pudo comprender la verdad. Pasó el tiempo, y como hubiese muerto la Superiora del monasterio, fué ella elegida para reemplazarla, pues tal era su virtud y vida edificante. Poco después cayó en una enfermedad mortal, y aunque se había prometido declarar su pecado en el artículo de la muerte, no obstante la vergüenza la cerró también entonces la boca. Recibió los últimos Sacramentos, y viendo cercana su última hora, pensaba declarar su pecado; mas ¡oh juicios terribles de Dios! sobrevino el delirio y murió sin darle tiempo. Todas las religiosas juzgaban que por sus austeridades y vida ejemplar se hallaría su alma en el cielo; mas ¡cuál fué su espanto al oír en el coro una voz que les dijo: *Estoy condenada por haber callado en la confesión un pecado de mi juventud!*

Fuera, pues, la vergüenza, nos dice el Espíritu Santo; *por la salvación de tu alma, no te avergüences de manifestar la verdad, porque hay vergüenza que entraña pecado, cual es la que impide confesar las culpas; y hay otra vergüenza que trae gracia y gloria* (1), cual es la que se origina de haber pecado y la que retrae de pecar.

8. EL TEMOR. — Pero aún hay aquí otro mal que induce á

(1) Pro anima tua ne confundaris dicere verum. (Eecl., IV, 24 y 25.)

callar los pecados, y es el *temor*. Hay gentes que en verdad se sobreponen á la vergüenza que les causa el confesar sus culpas, y en esto son generosas y merecen alabanza, pero al mismo tiempo se hallan sobrecogidas de grande *temor*, y, como dijo el Espíritu Santo, *temen donde no hay que temer* (1).

En aquel tribunal santo todo es perdón, todo misericordia, todo amor... y sin embargo, ¡temen confesar sus pecados! ¿Por qué? ¡Parece increíble! Temen *al confesor*, que es un padre; temen *al mundo*, que es vanidad; temen *abandonar el pecado*, que es su enemigo; temen *la satisfacción* condigna, que es su gloria. Cuatro temores horribles que les ponen como un nudo á la garganta para que no declaren sus culpas. Penetremos en el interior de estos pobres pecadores y veamos cómo piensan y cómo razonan.

9. *¿Qué pensará el confesor de mí cuando yo me acuse de tal falta?* — ¡Válganos Dios! ¿Qué ha de pensar sino que sois un alma enérgica y generosa para con el Señor, hasta el extremo de manifestar vuestras miserias con la sinceridad y humildad de un niño? ¿Qué ha de pensar sino que tenéis una voluntad decidida de volver á uniros con vuestro Dios? ¿Qué ha de pensar sino que Dios os ama por tan singular manera, que os ha infundido la gracia de hacer una confesión costosa al amor propio, y que por ella será extraordinariamente hermoseaada vuestra alma, y el corazón divino lleno de afectuosa misericordia para con vos?

10. Cierta señora fué á confesarse con San Francisco de Sales (ella misma refirió después este caso), y declaró cierto pecado que nadie podía imaginarse en persona tan distinguida como ella. Terminada la confesión, preguntó al Santo la señora: «¿Cómo me miráis ahora que sabéis mis pecados? — Como á una santa — respondió San Francisco. — Si me tuvierais por tal — repuso la señora — obraríais contra vuestra conciencia. — No por cierto, porque ahora sois pura y santa. — Mas ¿qué pensaréis de mi vida pasada? — Nada, porque aunque me fuera lícito, ¿cómo podría detenerme con mi pensamiento en una cosa que Dios ha borrado? Antes me alegraré con los ángeles que celebran la conversión del pecador. — Mas durante la confesión habréis llorado al ver la enormidad de mi crimen. — No, ahora lloro de alegría al ver vuestra resurrección del sepulcro del pecado.» (Schmitt.)

11. De este modo piensan los confesores cuando se acusan bien los penitentes; mas hay almas tímidas que pasan adelante en sus

(1) Trepidaverunt timore, ubi non erat timor. (Psalm. LII, 6.)

temerosos pensamientos, y dicen: *¿Qué me dirá el confesor, sobre todo por este pecado en el cual vengo recayendo con frecuencia? ¿Me reprenderá fuertemente?*—No; él sabe muy bien la fragilidad humana, y, mirándose á sí mismo, dice con San Agustín: «No hay pecado cometido por otro hombre, que no pueda cometerle yo; y si no he caído, ó no caigo en semejante miseria, es únicamente porque Dios me sostiene con su mano bendita. Tal vez yo, puesto en el caso de este pobre penitente, hubiera sido peor que él.»

Por consecuencia, no temas, alma pecadora, porque el sacerdote en nombre de Dios te dirá *palabras de aliento* para que cobres energía y te mantengas en la paz de espíritu, que obtendrás tan luego como declares todos tus pecados; te dirá *consejos saludables* para que en lo sucesivo marches por el buen camino, y no vuelvas á reincidir en semejantes culpas; te dirá *palabras afectuosas* para atestiguar el gozo que siente su alma al verte purificada y que tornas á unirte al Corazón sacratísimo de Jesús... ¡Oh si los seculares pudieran comprender los sentimientos tiernos y sublimes del corazón de los confesores cuando tienen á sus pies á un gran pecador! ¡Cuántas veces en este sagrado ministerio lloran de ternura al ver la conversión de las almas!

12. Acontece á los ministros del Señor en el confesonario lo que á los cazadores en los bosques. El cazador lleva cargada su escopeta y se contenta cuando sale un pajarillo y dispara, y le mata y le hace suyo; pero si encuentra un venado ó un fiero jabalí, el corazón le palpita de gozo y apunta con más interés; y cuando ya le ve muerto á sus pies, como pertenencia suya, no hay términos hábiles para expresar su regocijo. Este es un símil del corazón del confesor. Está en espera y como á caza de almas para Dios. Llega una persona piadosa y se alegra, y la atiende y la encamina á la perfección; mas al fin, como estaba ya convertida, dice: ¡Bah! pajarillos. Pero si llega un grande pecador y comienza diciendo: «Padre, *hace veinte años* que hice mi última confesión...» ¡Oh! entonces no le cabe la alegría en el corazón, y da gracias á Dios, y mira á aquel penitente como hijo predilecto, y dice en su interior: «¡Hermosa caza! ¡Día grande! Esto no es un pajarillo, sino un magnífico y primoroso ciervo.»

¿Sabéis—pregunta un escritor moderno—cuál es el día más feliz en la vida de un sacerdote?—¿Será cuando, terminados sus largos y penosos estudios, recibe de manos de su venerable Obispo el carácter sagrado?—No. ¿Será aquel en que, rodeado de su familia, en la parroquia que le vió nacer, en medio del júbilo de

sus padres y hermanos, celebra la primera Misa?—No. El día más feliz en la vida de un sacerdote es aquel en que mayor número de grandes culpables van á decirle: «Padre, soy un gran pecador; quiero confesar mis crímenes y enmendarme.. Y mientras mayores son los pecados que oye, más y más se alegra, porque más y más perdona, y más y más salva.

Acérquense, pues, los grandes pecadores al confesonario, seguirísimos de que en ello proporcionan á los sacerdotes dulces é inefables consuelos.

13. Un viejo pecador, venciendo la gran dificultad que se le ofrecía, resolvió hacer confesión general con San Francisco de Sales. La hizo, en efecto, declarando un largo catálogo de los pecados de su juventud. Muy satisfecho el Santo de esta confesión, le expresó su contento y alegría.

«Eso lo diréis—respondió el penitente—para mi consuelo; pero ¿será posible que estiméis interiormente á tan gran pecador como yo?» El Santo replicó: «Sería yo un verdadero fariseo si después que habéis recibido la absolución, os mirase como á pecador; pues á mis ojos estáis más blanco que la nieve, y tan limpio como Naamán al curarse de la lepra en el Jordán. Fuera de esto, yo debo amaros ahora mucho más que antes, porque por el amor y confianza que Dios os ha inspirado hacia mí, os miro como un hijo dentro del cual acaba de formarse Jesucristo por medio de mi ministerio. En cuanto á la estimación, ésta aumenta á proporción del amor que os tengo; pues de vaso de ignominia os veo ya convertido en vaso de honor y de santificación... Fuera de que sería yo tan insensible como una piedra si no participase del gozo y alegría con que los ángeles del Señor celebran en el cielo la conversión y purificación de vuestra alma.»

Salió aquel hombre del tribunal de la Penitencia tan satisfecho, que decía después: «En nada he sentido más complacencia que en confesarme»; y llamaba al Santo el Ángel de la *piscina probática*. (Sales, *Espiritu*.)

Por último, hay otros pecadores que dicen: *¿Qué pensará de mí el confesor luego cuando me vea!*—¿Qué ha de pensar? Nada. Tal vez no os conozca; y aunque sea amigo vuestro, no dudéis que á los pocos minutos ya no se acordará de vuestras miserias. ¿Cómo se ha de acordar el sacerdote de tantos pecados como oye á tan gran número de penitentes? Además, Dios hace á los confesores la gracia especial de que olviden muy pronto las culpas de sus penitentes. Las cosas tanto se recuerdan cuanto impresionan. ¿Y qué le